

y esa unión en tiempo y lugar nos hizo sentir un poco más “viajeros del tiempo”.

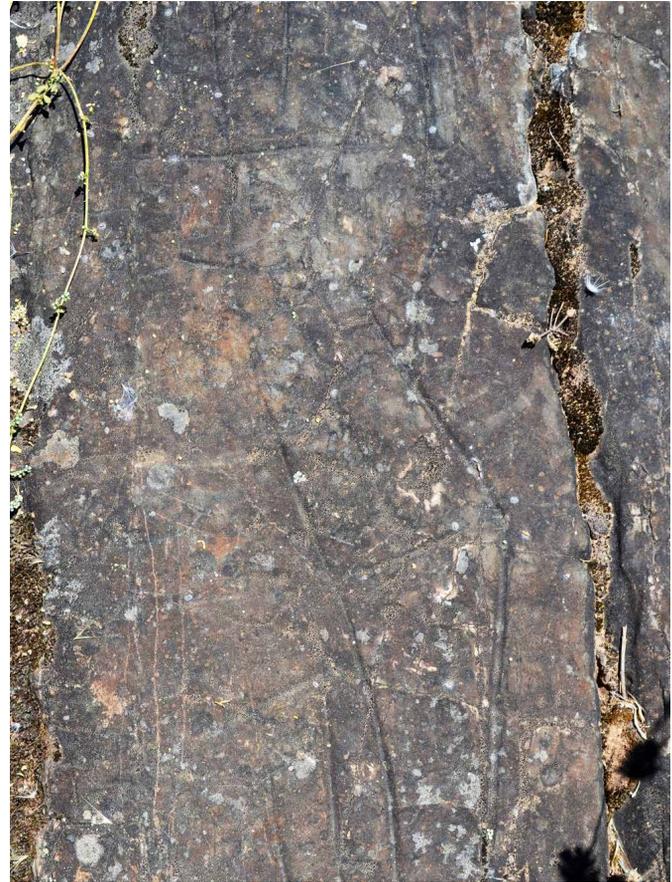
Después, bebimos agua en una fuente clara que había en la huerta y contemplamos el lugar en el que antiguamente existía una encina, que tenía, según nos comentó Elías, un tesoro escondido en sus raíces y encontrado mucho tiempo atrás.

No ocurrió lo mismo con el supuesto tesoro de monedas que, según la leyenda, se encontraba en el camino que nos acercó al Lagar de la Hoya. Dice la tradición que alguien llegó a encontrarlo y que, a pesar de negar el hallazgo, cambió su entorno económico de forma significativa.

A unos cientos de metros encontramos los grabados del Lagar de la Hoya. El paraje es muy bello; por el fondo discurre el arroyo del Carrascal de la Abuela y cuenta con una antigua almazara y un canal, que Elías nos dijo proceder de época mora. En ese punto, sobre un canchal de esquisto, se encuentran los petroglifos. Nos acercamos, observamos el enclave y los grabados, hicimos las fotos y continuamos nuestra excursión subiendo a la ermita de San Cristóbal... aunque de eso nos ocuparemos después.

Nos hemos permitido trucar un poco las imágenes de ambas estaciones de grabados para poder visualizar el contenido de los petroglifos. No es lo más idóneo, pero

es cuestión de poder percibir bien lo que con tanto esfuerzo nuestros antepasados dejaron para la eternidad.



Texto y fotos. Texts and photos: Esther de Aragón

